

TARDE II

LA BENEFICENCIA

Á tu hermano en la amargura
Socorre, enjuga su llanto ;
En su penoso quebranto
Consuélate con dulzura.
Si con fraternal ternura
Así alivias la indigencia,
La divina Providencia,
Benedicirá tus acciones,
Te colmará con sus dones
Y hará feliz tu existencia

El día siguiente era festivo, y Palemon y sus hijos le dedicaron á los actos religiosos propios de semejantes días, y el tiempo sobrante, á aquellos juegos juveniles que excitan la alegría y hacen desarrollar las fuerzas y la agilidad. Proponíase el buen anciano acostumbrarlos al uso del dinero, pero quería que este lo empleasen dignamente. Su laboriosidad, sus buenas acciones eran siempre premiadas con algunas monedas ; pero al que durante la semana en nada se habia distinguido ó hubiese cometido alguna falta, le privaba de esta ligera recompensa. Nada temía en cuanto á la inversion, porque el sitio en que vivían nada ofrecía que lisonjear pudiese sus deseos ; y quería evitar que suspirasen anticipadamente por la posesion de una cosa que tantos afanes y cuidados debia costarles en adelante. Por otra parte vigilaba muy

de cerca á las prendas de su corazón, y del uso del metálico se proponía sacar utilísimas lecciones.

La mañana del lunes se había pasado en los ejercicios ordinarios de los muchachos; y á la caída de la tarde, todos habían acudido al bosquecillo á fin de aprovecharse de las lecciones de su padre, que tanto les interesaban. Ya están todos sentados, y Palemon no llega : Marcela ocupa su lugar, y quiere entretener á los muchachos con uno de sus insípidos cuentos ; pero apenas la escuchan : no tenía como Palemon el arte de inspirar respeto y fijar la atención. Principió Marcela á reparar que su auditorio bostezaba á menudo, y volvía sin cesar los ojos hácia la puerta de la granja para ver si venía Palemon : iba á prorumpir en expresiones de indignación, cuando de repente se presenta un viejo lleno de andrajos, encorvado bajo el peso de sus años : un báculo sostiene sus pasos vacilantes : la blanca barba le cubre el pecho : sus piés desnudos vierten sangre que le han hecho derramar las agudas piedras que ha pisado en el camino : todo anuncia en él la miseria mas extremada.

Se detiene : mira, derramando lágrimas, á los cinco muchachos, que quedan atónitos al verle, y no pueden pronunciar una palabra. ¿Qué es esto? exclama la anciana Marcela : ¿qué queréis? ¿por dónde habéis entrado? — La puerta del cercado no estaba cerrada, responde el viejo, y me he tomado la libertad de entrar hasta aquí. — ¡Pues no es mal atrevimiento!... ya se ve... es verdad... ¡como yo estaba ocupada!... vaya, vaya : me ha causado miedo... pero al fin ¿hablaréis? ¿qué es lo que se os ofrece? — Vengo á implorar vuestra compasión para con un desdichado viejo y enfermo, que se ve precisado á mendigar el sustento. — ¡Un mendigo! á la verdad que no nos faltan aquí : este es el sexto de los que hoy han acudido : ¡no se ve otra gente! Idos, amigo, idos : tengo pobres de obligación. — ¿Conque vuestras limosnas no se dirigen sino á algunos infelices privilegiados? ¿Conque todos los desgraciados no son vuestros hermanos? — ¡Hermanos míos! ¿qué queréis decir con eso? Yo tenía dos hermanos, y bellos mozos, otro tanto mas altos que yo : los dos murieron en el ejército, y los lloraré toda mi vida : vaya, vaya, retiraos, que yo tengo mil cosas á que atender... ¿Apostamos á que no quiere irse?

La vieja iba á empujarle ásperamente hácia la puerta, cuando el jóven Armando se levanta, y la suplica que tenga mas humanidad. Nuestro padre, dice, nos ha enseñado á respetar los hara-

pos de la miseria, y no permitiremos que tratéis con tanta dureza á este venerable anciano. — No, no, exclaman todos los niños, cogiendo del brazo al mendigo, y precisándole á sentarse en medio de ellos. — Virtuosos niños, les dice este ; compasivas criaturas, el cielo os bendecirá : tendréis una dichosa ancianidad, pues sabéis respetarla. — ¡Bueno! replica la vieja : él os dirá la buena-ventura : despedid á ese vagamundo : si habéis de recibir á todos de esta manera, no os faltarán ocasiones, yo os lo aseguro.

Los niños estrechan al anciano entre sus brazos, y le suplican que perdone las amargas expresiones de Marcela, á tiempo que este fija en ella la vista, y exclama : ¿No me engaño? ¿sois vos Marcela? — Sí, yo soy ; pero no os cobozco. — ¿No reconocéis ni os acordáis de Pedro Lebon, un antiguo jornalero de vuestro amo Palemon? — ¡Ah! ¡eres tú! ¡qué desconocido estás!... Pero, ¿cómo te atreves á presentarte aquí, despues del indigno modo con que has procedido respecto del hombre mas honrado? yo te aconsejo que te retires ántes que vuelva mi amo, porque si te hallase aquí... — Ya voy, ya voy á evitar su presencia. ¡Gran Dios! ¿conque todavía está irritado conmigo? voy á retirarme ; pero ántes hacedme el favor de oír mi justificación. — ¿Tú justificarte? mucho lo dudo. — Dejadle hablar, dice la jóven Adela ; este buen viejo puede ser inocente ; y su aspecto respetable así lo anuncia : ¿no es verdad, hermanos míos? — No, no, exclaman todos ; no es culpable ; hablad, buen hombre ; explicaos.

Marcela murmura entre dientes ; pero por fin se sienta, y el mendigo comienza de este modo una relación que hace prorumpir en llanto á los muchachos.

Mis sucesos, niños compasivos, acaso me harán odioso á vuestros ojos : sin duda vais á aborrecerme, y á convenir en que si soy desdichado, he merecido serlo ; porque la prosperidad huye de los corazones empedernidos ; pero ¡cuántas lágrimas me ha hecho derramar esta falta irreparable ! ¡cuántas veces al día me maldigo ! ¡Ah! ¡el cielo aumente en vuestros corazones el deseo de ser buenos y útiles á vuestros semejantes, del cual me dais en este instante una prueba tan sensible ! Las almas tiernas hacen su felicidad contribuyendo á la de los desgraciados á quienes socorren.

Aventuras del viejo mendigo.

Me llamo Pedro Lebon : mi padre fué labrador de esta comarca en otro tiempo, y tenia un hermano, quien, á sus veinte años, sentó plaza, y dejó para siempre la casa de sus padres. El mio recibia de cuando en cuando noticias de este hermano, á quien amaba sobremanera : le escribia muchas veces, rogándole que volviese á sus hogares, y á compartir las comodidades que disfrutaba : mi tio se resistió siempre á estas súplicas, porque amaba la carrera militar, y decia que estaba resuelto á morir bajo los estandartes del honor. Esta obstinacion de mi tio Santiago Lebon afligia á mi padre, el cual decia que no deseaba sino que su hermano viniese á cerrar sus ojos en su última hora. Por fin, un dia recibió una carta (¡y fué la última!) de tan querido hermano : mi padre nos la leyó vertiendo lágrimas : siempre la tendré presente : estaba, poco mas ó ménos, concebida en estos términos :

« Voy á participarte una noticia que seguramente te afligirá,
» querido hermano mio, segun es grande el amor que me tie-
» nes, y porque se opone á los proyectos que has formado para
» nuestra reunion : el cielo lo ha dispuesto de otro modo. Sabe
» que un rico comerciante, muy amigo mio, me lleva consigo á
» la América donde, segun dice, quiere que yo haga una fortuna
» considerable. Por ti, amado hermano, y por tus hijos, me de-
» termino á correr los peligros de la navegacion y mañana me
» embarco : Dios vaya conmigo. . Si la suerte me es adversa,
» volveré á vivir contigo, y aceptaré tus generosos ofrecimientos :
» por el contrario, si hago fortuna, te traeré las riquezas que
» acumule ; y si la muerte me sorprendiere en medio de mis tra-
» bajos, encargaré á persona segura que te entregue mis bienes,
» ó á tu hijo Pedro, si el cielo dispone de tus dias. Conserva esta
» carta para que te sirva en todo tiempo y lugar : ruega por la
» felicidad de un hermano, acaso imprudente, pero lleno deter-
» nura para contigo. Á Dios; deséame un viaje feliz : te escri-
» biré cuando pueda : á Dios; abraza por mí á tu esposa, á mi so-
» brino, y á todos nuestros amigos. — *Santiago Lebon.* »

Esta carta causó tal impresion en mi padre, que enfermó, y murió pocos dias despues. ¡ Ejemplo admirable del amor fraternal, tú parecerás sin duda fabuloso y exagerado á los corazones insensibles ; pero serás muy dulce para los que conocen la verda-

dera amistad y abrigan sentimiendos nobles ! ¡ Ah ! la sensibilidad no está á los alcances de todos. Niños, vosotros sois hermanos : amaos mucho : el lazo de la fraternidad es tan dulce como el que une á los padres con los hijos.

Los hijos de Palemon se abrazaron recíprocamente con un espontáneo movimiento de ternura, que hizo derramar algunas lágrimas al viejo mendigo, el cual les rogó volbiesen á ocupar sus sitios, y siguió su historia.

Habia muerto mi padre ; y mi madre, mas anciana aun, me parecia demasiado afectada de su muerte, para no temer en ella igual desgracia. Mi hermano menor acababa de entrar en la milicia por haberle tocado la suerte, y era preciso que se ausentase de nosotros. Todas las desventuras reunidas apuraban nuestro sufrimiento. Tomé el partido de trabajar para sostener una triste viuda que acababa de perder su apoyo ; porque á excepcion de la granja que habitábamos, y era nuestra, el poco dinero que mi padre habia empleado consistia en rentas vitalicias, y con él lo perdimos todo.

Entónces fué cuando el virtuoso Palemon me alargó su mano benéfica : me ocupó en su casa, y gané para sostenerme en compañía de mi madre, á la cual tuve el pesar de ver morir entre mis brazos al cabo de seis años. La quinta fué vendida para satisfacer algunas déudas atrasadas, y como era la única finca que poseia, no me quedó mas que el esfuerzo de mis brazos : mi hermano habia muerto en campaña y yo me encontraba absolutamente solo.

La desgracia agrió mi carácter : debo decirlo, amables niños, para mi justificacion. Me habia hecho áspero, taciturno, intratable, y aun egoísta : aborrecia á los hombres ; y á excepcion de vuestro padre, á quien queria y respetaba, todos los demas me parecian viciosos, traidores, y dispuestos á ligarme mas y mas con la cadena del infortunio que me agobiaba. Solo Palemon, jóven entónces, pero bueno, sensible y generoso, me habia colmado de beneficios : él era el único hombre exceptuado de la aversion con que miraba á los demas.

Mas de veinte años despues de la muerte de mi padre, tuve cierto dia que hacer un corto viaje á cuatro leguas de aquí, para visitar á un amigo á quien no habia visto en mucho tiempo. Pasámos el dia juntos, y al declinar la tarde, despues de haber dado un gran paseo, entrámos en una hosteria á merendar, con el fin de que yo me retirase temprano ; pero... ¿ lo confesaré?... los

vapores del vino no tardaron en calentar mi cerebro; y no pensé en dejar aquel sitio que me era tan agradable.

Un hombre de mediana edad, y de porte decente, que ocupaba una mesa inmediata á la nuestra, mira el reloj, se levanta de repente, y pregunta si hay mucho camino desde allí hasta el pueblo donde reside Palemon. — Cuatro leguas, le respondí con aspereza. — ¿Cuatro leguas? ¿estáis bien seguro? — ¿Seguro? no lo he de estar si vivo yo allí. — ¿Allí? ¿y os vais á marchar pronto? — Dentro de un rato: no tengo prisa; pero ¿á qué viene esa pregunta? — Perdonad; no conozco bien el camino; me han dicho que hay que atravesar un bosque peligroso, y como es tarde... — ¿Tenéis miedo? — Á la verdad... — Pues yo no lo tengo, y atravesaría el bosque á cualquiera hora de la noche. — Si hicierais el favor de acompañarme, me prestaríais un servicio, y mayor aun á cierta persona... un beneficio nunca se pierde: contad con mi agradecimiento. — He aquí una proposicion bien particular, le dije, con mi aspereza acostumbrada: ¿soy por ventura postillon? Si tenéis miedo, yo no; y gusto muy poco de acompañarme con cobardes.

Á esta necedad añadí otras muchas. El extranjero volvió nuevamente á instarme; pero viendo que yo llevaba hasta el extremo la grosería, tomó su baston y sombrero, y se salió disgustado, diciendo á média voz que el cielo no permitiría le sucediese desgracia alguna favoreciendo la buena accion que iba á ejecutar.

Habia trascurrido un cuarto de hora, cuando advertí que un jóven que habia escuchado atentamente al desconocido, salió precipitadamente con cierto aire de inquietud. Este miserable, si era aun mas descortes que yo, á lo ménos tenia mayor penetracion, como lo conoceréis bien pronto.

Pasé con mi amigo una gran parte de la noche, y á cosa de las once tomé el camino de mi pueblo. La oscuridad no me permitió distinguir los objetos que se me presentaban; pero aunque estaba atolondrado, atravesé el bosque presurosamente con cierta angustia que parecia oprimir mi corazon, funesto presentimiento de la desgracia que allí acababa de sucederme. Llego á mi casa, me acuesto; pero mil sueños melancólicos agitan mi fantasía. El desconocido, en quien no habia pensado despues de su partida, se presenta á mis ojos: parece que me llama, me echa en cara mi inhumanidad, y me dice que pronto encontraré el castigo de mi dureza. Fatigado por estas visiones, que á la mañana siguiente atribuí al festin de la víspera, tomo mis aperos, y voy á casa de

Palemon: le pregunto si ha visto un extranjero que ie buscaba, cuyas señas le pinto; y respondiéndome que no, olvido este asunto, y me pongo á trabajar.

Pero apénas principio mi tarea, cuando se presenta un oficial de justicia, y me pregunta si me llamo *Pedro Lebon*. — Sí, le respondo. — Pues es preciso que vengáis conmigo. — ¿Adónde? — Á la aldea inmediata, donde preguntan por vos. — ¿Quién? — Un desconocido que hemos encontrado esta mañana moribundo en el bosque, y ahora está en el hospital. — Un desconocido moribundo... en un hospital... ¡ Oh cielos!

Arrojo mis aperos, y sigo á aquel hombre, que me lleva á la grupa de su caballo. Consideradme caminando con el corazon oprimido y abismado en un mar de dudas y recelos. El desconocido moribundo me recuerda el extranjero á quien no quise acompañar. Este extranjero, me decia yo, ¿es mi perseguidor? él es sin duda el que ha tenido esta desgracia, y pregunta por mí; pero ¿de qué me conoce, quién le ha dicho mi nombre? Si mal no recuerdo, no me di á conocer en su presencia... pero tenia asuntos con Palemon: venia á su casa, y acaso le habrán dado señas de mí... ¡ Oh Dios! ¡ qué incertidumbre tan cruel!

Pregunto al que me guiaba, y no puede satisfacerme: en fin, agitado de dudas llevo al hospital: me acerco al lecho del moribundo, y reconozco á mi extranjero. Acababan de curarle las heridas: me mira, me reconoce, y con lánguida voz me dice: ¿Sois vos Pedro Lebon? — Sí, le respondí tímidamente. — ¿Vos, hombre bárbaro y grosero, vos Pedro Lebon?... ¡ Cielos! ¡ qué fatalidad! ¿no sois el que ayer me negó su compañía para atravesar el bosque? pues yo os aseguro que quedaréis mas castigado que yo: yo muero sin disgusto, y vos viviréis con el remordimiento de haberme dejado asesinar, y el pesar de perder la herencia de un tío... de un tío. Leed esa carta, desventurado.

El extranjero me entrega una carta: la abro precipitadamente, y leo lo que sigue: « Estoy en mis postreras horas, amado » sobrino; pero ántes de exhalar mi espíritu encargo á mi antiguo amigo Felipe que te lleve las muchas riquezas que he » acumulado durante mi residencia en las Colonias; esta es la » promesa que en otro tiempo hice á tu pobre padre, y de la cual » me desempeño en el dia. Haz buen uso de tu fortuna, y que te » sirva para aliviar á los desdichados.

» Á Dios; nunca olvides á un tío que te llena de beneficios; y

« mira, como otro yo, al amigo que te entregará esta carta. —
« Santiago Lebon. »

El espanto me dejó inmóvil, y el extranjero prosiguió: Guardad bien esa carta de un tío que os amaba; este es el único bien que os queda de su herencia. En cuanto á una cartera llena de tetras de cambio que os traia, la habéis perdido por vuestra falta: ayer por la noche no quisisteis guiar mis pasos inciertos por el peligroso bosque: un fatal presentimiento me lo hacia temible. Apénas entré en su espesura, cuando se me presentó un hombre que habia visto en la hostería en que os hablé: se me acercó con afabilidad, y me suplicó le permitiese ir en mi compañía. Aunque me inspiraba desconfianza, no pude ménos de tratarle con atención. El malvado, en lo mas espeso del bosque me tira un pistoletazo, me roba, y me deja bañado en mi sangre: esta mañana me han traído aqui, donde hallaré una muerte que me será dulce, pues me reunirá con mi amado Lebon, el único amigo que me hacia la vida soportable: yo solo queria cumplir su última voluntad; para esto me dirigia á casa de Palemon, pues me habian informado que os hallaria en ella. Os hubiera entregado todo cuanto se me confió como fiel depositario; pero vos habéis causado vuestra desgracia y la mia... ¡ Imprudente! vuestro corazon me mata y os arruina... Aprended, pues, hombres duros é insensibles, las tristes consecuencias que regularmente ocasiona el no llenar los deberes de la hospitalidad, y que el malograr la ocasion de servir y ayudar á nuestros semejantes nos expone á los mayores sentimientos.

Calló el desventurado; y yo, oprimido con el peso del remordimiento y de la confusion, bañaba su lecho con mis lágrimas, cuando me arrancaron de aquel sitio, para ver si el enfermo descansaba un rato. ¡ Ay! este descanso fué eterno: la noche de aquel mismo dia supe que habia fallecido, acusándome de su muerte.

No os pintaré, amables niños, el exceso de mi dolor: todavía me despedaza el corazon tan trágico suceso: tenia muy presente la fisonomía del malvado asesino de Felipe, quien ántes de espirar me aseguró que este infame le dijo en el camino que pensaba marchar al otro dia á Paris, y me determiné á buscarle en esta gran ciudad. Confundido y avergonzado de lo mucho que se hablaba de este suceso, y de la ignominia que me resultaba, no me atreví á volver á la casa de mi bienhechor Palemon, que me hubiera reprendido ásperamente; porque los vicios del corazon indignan á todas las gentes honradas. Pero aunque busqué por mu-

chas partes al que me arrebatava la fortuna, todo fué en vano. Este monstruo acaso goza de ella en algun país remoto. En fin, despues de haberme dedicado á varios oficios, me hallé á un tiempo cercado de la vejez y miseria, y precisado á mendigar el sustento para expiar una falta, un solo defecto. Ya me veis, queridos míos; los andrajos de que voy cubierto no me defienden del remordimiento que atormenta mi corazon; y me parece que el cielo inspira á cada persona cuya piedad imploro, que debo ser tratado con dureza; que soy desventurado por mi culpa, por no haber cumplido con las obligaciones de la beneficencia.

Apénas el mendigo acabó su historia, tan interesante para los hijos de Palemon, cuando estos se levantaron derramando algunas lágrimas; y recogiendo de sus bolsillos cuanto el dia anterior les habia dado su padre, suplicaron al pobre anciano que lo aceptase. Este, despues de una cortés resistencia, lo tomó: bendijo cien veces á las virtuosas criaturas que compadecian sus infortunios, y se retiró, encargándoles que nunca olvidasen que la beneficencia es la primera de las virtudes; que es un vínculo sagrado de la sociedad; y que los buenos corazones que la ejercen son imágenes de Dios en la tierra.

Los muchachos quedaron conmovidos largo tiempo despues de su partida. No es necesario, dijo Julio á sus hermanos adoptivos, contar este suceso á nuestro padre; puede irritarse contra su antiguo criado, que le dejó de una manera tan imprevista, y con tantas apariencias de ingratitud. Sin duda no nos reprenderia un impulso de sensibilidad; pero hallaria tal vez mucho de reprehensible en el proceder de Pedro Lebon: por lo cual nada lé digamos si no nos pregunta, porque en tal caso no podemos faltar á la verdad.

Todos fueron de este parecer. Á corto rato se presentó su buen padre, su digno maestro, el cual por una casualidad, que les pareció muy extraña, no les habló en toda la tarde sino de que el poderoso debe socorrer al indigente, y del placer que se disfruta haciendo limosna á los pobres ancianos que carecen de medios para atender á su manutencion. Los muchachos, atónitos, creyeron desde luego que Palemon sabia lo que acababa de suceder; pero este nada les dijo, y ellos guardaron su secreto mucho mejor oyendo decir á Palemon que las almas sensibles y generosas cuidan mucho de ocultar el bien que hacen á sus semejantes; porque un beneficio divulgado pierde mucho de su mérito, y disminuye en gran manera la satisfaccion interior del que lo dispensa.